INTRODUCCIÓN

Leer un texto, comprenderlo en su integridad, es una de las destrezas idiomáticas que junto a la expresión oral *(hablar),* la expresión escrita *(escribir)* y la compresión auditiva *(oír, escuchar)* definen la competencia comunicativa en una determinada lengua. Lejos quedan los tiempos en que la lectura se identificaba con el reconocimiento mecánico de palabras y posterior asignación de significados. La mera descodificación y compresión lingüística es solo una parte, la más básica y elemental, del hecho de leer, pero, por sí misma, no explica la comprensión lectora y no nos aleja mucho de la simple condición de analfabetos funcionales.

Leer, comprender en su globalidad el texto escrito, es una actividad mucho más compleja, un proceso en el que interactúan variables cognitivas, textuales, lingüísticas, socioculturales y que nos permite construir una representación mental propia desde lo expresado por otro. No hay lectura, por lo tanto, sin interpretación, sin que se dote de un sentido personal a lo que el autor ha escrito. Para ello, el lector interactúa con el texto, moviliza sus propias expectativas y conocimientos de acuerdo a los particulares *esquemas mentales* con los que los ha organizado. De este arsenal cognitivo previo dependerá su capacidad para seleccionar la información más significativa, para inferir valores éticos o estéticos, actitudes, conceptos. En una dirección opuesta, el grado de comprensión lectora dependerá también de la capacidad del lector para actualizar esas expectativas y conocimientos según avanza la lectura. De esta forma, la lectura se convierte, en palabras de K. S. Goodman *(Reading: psycholinguistics and guessin game,* 1976), en un "juego de adivinación" y el texto en un conjunto de pistas a partir de las cuales el lector va elaborando hipótesis, confirmándolas o corrigiéndolas.

Pero la lectura es una actividad multidimensional y sobrepasa el ámbito de las destrezas cognitivas, de la misma manera que el texto tampoco se reduce a un entramado de relaciones

Detalle de la reina Isabel leyendo. Sepulcro de los reyes Juan II e Isabel de Portugal. Cartuja de Miraflores (Burgos).

lingüísticas en diferentes niveles (morfológicas, sintácticas, léxicas, pragmáticas...). Cualquier texto escrito es también un reflejo discursivo, un objeto sensible a las variaciones idiosincrásicas y culturales de la comunidad idiomática en que se produce: fórmulas de tratamiento, de cortesía, omisión y atenuación de determinadas ideas, elementos de cohesión, etcétera son solo algunos ejemplos a través de los que pueden manifestarse las diferentes convenciones retóricas. Desde esta perspectiva, la lectura es, por lo tanto, un acto de comunicación alumbrado por muy variados propósitos: obtener información (de un periódico, de un libro, de un informe...), conseguir un disfrute estético y emocional (lectura de un poema, de un cuento, de una novela...), dirigir nuestra actuación (lectura de una receta, de un prospecto farmacéutico, de una notificación judicial, de un manual de instrucciones, etcétera), relacionarnos con los demás (correspondencia personal, comercial...). La sociedad incorpora cada tipo de texto a su funcionamiento, lo especializa según sus necesidades y le asigna funciones y roles diferentes (estéticos, económicos, políticos...). Su adecuada interpretación garantiza la correcta ejecución de un sinnúmero de actividades y resulta imprescindible para acometer con éxito nuestras relaciones académicas, profesionales, personales, etcétera.

Este libro se ha escrito con el objetivo de familiarizar al lector a través de numerosos ejemplos con las características particulares y la organización interna de una variada tipología de textos. Se articula en cinco capítulos que pretenden mostrar las pautas de interpretación y uso de algunas de las más importantes formas textuales: textos literarios (poesía, narrativa, teatro, ensayo...), periodísticos (noticia, reportaje, editorial...), textos jurídico-administrativos (contrato, demanda, oficios, sentencias, recursos...), textos comerciales y mercantiles (presupuesto, albarán, factura, telegrama, giro postal, cheque, pagaré...) y textos electrónicos (correos electrónicos, chat, mensajes de telefonía móvil, etcétera).